

*LA HISTORIA DE
UNA CRIATURA DE
LA LLUVIA*

Luz Ros

Click
EDICIONES

*Para Juan,
por siempre.
Para Juan y Lara,
mi vida.*

PRÓLOGO

Vas a conocer enseguida a Mónica y La Vintage, una cafetería especial y casi mágica.

Vas a tener que descubrir a Ela, dudar a veces y sentir casi siempre, hasta que su incógnita se desvele hacia el final de la historia..., o no.

Y, sobre todo, te aseguro que te engancharás hacia la página...

Pero vamos a empezar por el principio, ¿no crees?

Iban dos y se cayó el del medio.

«¿Y eso tiene que ver con la historia?», te preguntarás.

Pues algo, pero muy poquito, la verdad.

Pero por algo hay que empezar...

Iban dos y se cayó el del medio. Que sí. Que el del medio se cayó.

El caso es que «alguien» se cayó...

Una caída de esas de ir al hospital y análisis y placas y horas y horas y todo eso.

¡Ah! Por cierto, el del medio era la del medio. Y se cayó.

—¿De dónde cayó?, ¿del segundo piso?

—Pues un poco más alto, más arriba.

—¿Del sexto?

—En realidad, cayó del cielo.

—¿Qué?

—Que cayó del cielo. Con la lluvia, exactamente.

¿Que si es un ángel? Pues no, la verdad, de eso no entienden arriba ni yo tampoco. Los ángeles suenan a buenos y santurrones...

Técnicamente, se trata de una criatura de la lluvia.

—¿Y eso qué es?

Pues eso es lo que vamos a contarte: la historia de una criatura de la lluvia.

* * *

Principios de agosto, tras un mes de julio pesado, pesado de calor. Mónica va por la calle sudando y de repente se forma una tormenta. Y cae una criatura de la lluvia. Pero, claro, eso Mónica aún no lo sabe. Me refiero a que no sabe que ha caído ni qué es una criatura de la lluvia. Lo típico..., hadas, duendes, elfos, sirenas..., cosas de esas. Bueno, y también vampiros y hombres lobo, por tanto, libro crepuscular.

¿Qué? ¿Que quieres saber qué es?

Pues, querido lector, vas a tener que esperar, porque toda historia comienza por el principio, que puede ser lo mejor... o no, igual que el final.

CAPÍTULO 1

TODO COMIENZA

Voy de camino a la cafetería donde trabajo como camarera, cocinera, limpiadora, psicóloga, cajera, reponedora, contable... Sí, mi nombre es Mónica y soy la señora dueña del local, con sus pros y toodos sus contras. Para qué te voy a contar cómo estamos los autónomos en España..., pero, en fin, no me quiero quejar, que tampoco sé cómo están en otros lares. Como decía: primeros de agosto y yo de camino a la cafetería, pensando en que estos zapatos me van a molestar de aquí a un rato.

¡Inocente de mí! Que ese fuera el mayor de los problemas. Aquel mes de agosto no tenía ni idea de lo que me esperaba, ni lo que me esperaba tenía idea de mí.

* * *

Ela cayó cual pesado fardo en medio del trocito de césped que había en el parque infantil de las afueras. En un primer momento disfrutó del color verde del césped, de su textura, de cómo guardaba las gotas de lluvia, la humedad de la tierra, esponjoso, frío, fuerte y delicado..., hasta que todo el cuerpo le empezó a doler dolorosamente amargamente profundamente, sin saber qué parte del cuerpo era la que no dolía, porque no

parecía que hubiera alguna que no doliera o fuera a doler. Añadamos, además, que experimentar un cuerpo nuevo de esta forma, así tan de golpe y golpes, es una de las peores maneras de empezar. Aunque, desde luego, le hizo notar cada una de las partes de aquel delicado cuerpo.

Coger aire, suspirar, gemir de dolor. Así no había pensado Ela empezar en la tierra. Ella quería que sus primeros sonidos fueran dulces, ¿angelicales?, equilibrados, armoniosos..., al menos al principio, porque con la práctica ya vería cómo cambiar las cosas..., jejeje. Pero no, solo salían lamentos y parecía más un perro apaleado que ninguna otra cosa.

Cruzó la calle y... ¡vaya! o ¡caramba! Ahí estaba el hospital.

—¡Qué casualidad! —dijo mirando hacia arriba hacia el cielo o más allá, pero enseguida bajó la mirada por el dolor que le supuso estar en esa postura. Bueno, tampoco era momento de despreciar la ayuda.

Horas después, estaba en la puerta con unos cuantos papeles, un brazo enyesado, moratones en las piernas y una tiritita en la cara. No había más que pensar que era su día de suerte.

Aunque Ela no tenía experiencia en caídas desde arriba ni sabía de nadie que hubiera caído con anterioridad, decidió mirar las cosas con optimismo, concluyendo en pensar que el comienzo había ido muy bien.

Pero, dado que era inquieta, sentía en su interior que ya llevaba bastantes horas quietecita, sin hacer nada. Y esa desazón tenía que calmarla, porque no era buena. No, nada buena.

Un toquecito y el semáforo se pondría en verde y, ¡oh!, los peatones pasando. Frenzazos, pitidos, gritos, ofensas. Ji, ji. Ya empiezo a pasarlo bien. Un poco de diversión, por favor.

Y, mientras decidía el siguiente paso que daría, volvió al parque, a desembarazarse de vendas, potingues, papeles, moratones, dolores grandes y pequeños..., hasta volver a ser ella misma.

* * *

La cafetería La Vintage luce una decoración muy cuidada con base *vintage* parisina, londinense y de casino español, con elementos eclécticos que la hacen muy especial. Vamos, un mezclaíllo con mucho encanto.

¿Recuerdas los carteles donde se ponía el menú en la puerta de los bares, que imitaban a un cocinero con su gorro, casi a tamaño real? ¡Pues uno de esos tengo yo! A mí me recuerda a sitio turístico de los setenta, veraneo familiar, olor a salitre y bronceador de zanahoria..., a sensaciones de mucha vida. Me costó encontrarlo, pero ahora lo tengo aquí, junto a uno de los bojs que flanquean la puerta de madera acristalada, a la entrada de La Vintage.

Entras en La Vintage y entras a otro mundo donde todo tiene cabida, donde cabe relajarse, hablar con los amigos, diseñar un videojuego, montar un club de lectura, jugar a la Play... o tomar el té.

Un gran espacio con secciones diferenciadas.

Una gran biblioteca de suelo a techo, repleta de libros de todo tipo, en el rincón junto a la cristalera de la entrada, con sofás, butacas y lámparas de lectura. Junto a este rincón, escritorios antiguos de madera, restaurados; y, sobre ellos, los ordenadores más modernos y potentes que pude conseguir.

Sillones, sillas de colores, sofás, mesas y mesillas distribuidas por todo el local, donde cada grupo es un mundo, o un submundo, en el que se respira distinto, se crea, se transforma, se ríe, se llora, se lee, se investiga, se siente..., se vive.

Y lo más emocionante es ver a un joven de veintipocos años disfrutar comentando un libro con una señora de sesenta, que no solo está disfrutando, está ganando vida.

O ver al típico friqui (cara al ordenador) que no se da cuenta de que le sonrío la tímida muchacha del fondo, que ha venido con sus amigas a tomar un batido.

Los ruidosos de todas las tardes, pero con esa energía que dan los diecisiete, dieciocho o más, que nunca se tiene bastante, que se quiere más, se vive más, se ríe más fuerte y más alto, se exagera, que son buena gente y animan hasta al más gruñón.

No puedo olvidarme de mis clientes fijos del café de la mañana. Cada uno (¡qué curioso!) tiene su sitio. Es como una tradición o un hábito sentarse cada día cada uno en su sitio. Si, alguna vez, por lo que sea, está ocupado, se quedan unos segundos indecisos, fuera de lugar, sin saber qué hacer o dónde sentarse, desubicados totalmente, porque aún no han comprobado que ver el mundo desde otra perspectiva, desde otro punto de vista, en otro entorno, te abre los ojos y la mente y puede que hasta el corazón.

Hasta a mí me descoloca que alguien nuevo ocupe un sitio «ya asignado». Pero me coloco mi mejor sonrisa, porque un cliente nuevo no solo es un cliente nuevo, es una oportunidad única de tener esa primera impresión que dicen que nunca se pierde.

Y yo, lo siento, pero disiento completamente, porque si las

personas tenemos capacidad de cambiar, ¿cómo no van a cambiar nuestras actitudes y las impresiones que nos hacemos de otras personas que, a su vez, también pueden cambiar? Como decía William Blake, «el hombre cuya opinión nunca varía es semejante al agua estancada, y engendra reptiles en su mente». Pues eso.

Y, la verdad, crecemos constantemente, no solo cuando somos niños, de mayores también estamos creciendo, aunque siempre tan ocupados que no nos damos cuenta.

Ya, ya lo sé. Vuelvo al tema.

Estábamos con un nuevo cliente. Un nuevo cliente que aún no sabe que saludar es gratis, que la sonrisa es gratis y que ser amable es gratis, que te pregunta que qué se puede comer... con sus ojillos de nuevo, con su nariz de nuevo, su boca de nuevo, su pelo o su no pelo de nuevo..., y que no es consciente de todo lo nuevo que es; no sabe todavía que al entrar en La Vintage todo puede ocurrir, lo imaginable y lo que no todo el mundo es capaz de imaginar, porque La Vintage no es tan solo una cafetería, es... algo más.

Y ya no volverá a ser un cliente nuevo, porque aprenderá y aprenderemos de él, porque formará parte de este espacio y de este tiempo.

* * *

Deli. La indomable Deli. Camarera, compañera, trabajadora asalariada y, sobre todo, amiga.

¡Pero qué envidia tengo de Deli! Siempre tan mona, tan ale-

gre, tan visceral, tan dinámica. Y ¿qué haría yo sin Deli? Tanto en la cafetería como fuera de ella.

¡Ahí va! A la zona de Ikea (la más moderna y funcional), donde los chiquillos se dicen cosas por lo bajo cuando la ven dirigirse hacia ellos. ¡A saber a quién le toca soltarle el piropo hoy! Y Deli, con su gracia y su sonrisa, hace reír a todos y se sale por la tangente tan mágicamente que además de siete cervezas le han pedido dos raciones de tapas. ¿Qué quieres que te diga? El negocio es el negocio. ¿O te creías que iba a ser todo filosofar...? Que hay que ser realista y ganarse el pan cada día, o las tostadas integrales.

Agario. Es el juego más adictivo del lugar actualmente. O sea, en este momento, lo que mola es jugar a Agario, con sus bolitas...

«¿Que no has jugado a Agario todavía? Pero, tío..., ¿tú qué haces por las tardes? ¿Estudiar?»

Es una conversación como otra que se oye al pasar, que te roza pero no te toca, porque en realidad no te interesa.

Un día, una de esas conversaciones me atrapó más segundos de lo habitual y me hizo volver por segunda vez a la mesa de la que provenía, en la que tres hombres hablaban en voz baja acerca de la leyenda de la lluvia o algo así. Y no sé qué de interesante tenía para mí esa conversación, pero hubo algo que resonó dentro de mí, como un «hip», un bamboleo interno, un no sé qué.

Su lenguaje corporal expresaba confidencialidad, secretismo e incluso cierto pudor; pero nada en su ropa, su aspecto o su pedido, tres cervezas y algo de picar, producía ningún impacto que reafirmara mi impresión.

Volví a pasarme por allí, rodeando la mesa y tratando de escuchar, y lo conseguí, aunque era como hablar con un móvil con poca cobertura, que viene y se va, viene y se va y frustra más que si no oyeras nada.

Dicen magia, maldad y bondad, lluvia, no puede ser, sensual, ya está aquí.

Me reclaman para otro pedido. Esta vez, batidos especiales. Y puedo asegurar que son muy especiales, con frutas naturales, al momento y en vasos con forma de bombilla. Y es que en La Vintage todo es original y diferente o, por el contrario, antiguo y muy visto.

La incorporación más reciente en la cafetería han sido los *e-books*, principalmente para mis clientes lectores más veteranos, que me lo compensan cada tarde con pedidos de pastas, poleos y tés (algún día algún extra de pastelitos), porque ha sido un gran avance y un gran impacto para ellos poder leer sus libros favoritos con letra bien grande, para no dejarse la vista. ¡Viva la tecnología! Y pensar que hay gente que ha dejado de leer porque no puede ver las letras tan pequeñas...

* * *

Ela pensaba que no podría caminar muy lejos. Sentía cosas confusas en su mente. Se mezclaban recuerdos, aprendizajes, ideas y proyectos. No sabía lo que era real. No sabía si vivía o si estar en la tierra realmente significaba vivir, ni lo que para ella en ese mismo momento significaba vivir, no tenía muy claro si sería lo mismo que pensaba ayer. En fin, que era todo muy confuso. Quizás lo más preocupante eran las ganas de Divertirse

(sí, con mayúscula), de hacer travesuras, maldades, calamidades, tempestades, maremotos, tormentas, inundaciones..., ¡os-tras, hasta tsunamis! Pero que fuera preocupante no era lo importante, porque para ella «preocupante» no era nada. Confuso, sí, todo, pero preocupante nada.

Por esta vez se conformó con una ligera llovizna que no llegó ni a formar charcos en el suelo. Lo «preocupante» ya llegaría.

* * *

Alejandro se sentía muy alarmado. La situación era muy controvertida y no sabía muy bien cómo reaccionar, cómo actuaría a partir de ahora y... ¡Mónica! ¡Dios mío, Mónica! Si Mónica se entera me mata, me mata. No habría forma humana de explicárselo, de hacérselo ver y que entendiera que todo había sido un error, que realmente no había pasado nada y nada iba a pasar.

Si se lo contara... Pero no, nunca, nunca más volvería a confiar en mí. Ni plantearme decírselo, pero soy tan gilipollas que se me nota, que no me lo puedo quitar de la cabeza. ¿Y Deli? No había vuelto a hablar con ella, ni tan siquiera se habían visto. ¿Estaría Deli tan preocupada como él? La verdad, Deli es mucho más desenfadada. Seguro que si se lo comento se reirá a carcajadas, le quitará hierro al asunto y quedaré aún más como un gilipollas. No, un gilipollas apaleado por tres partes: Deli, con su *laissez faire*; Mónica, con su monumental enfado solo con que lo oliera, y yo con el mío propio por sentirme tan

mal cuando en realidad no ha pasado nada. Y ¡ale!, a darle vueltas. Pero como se entere Mónica..., es que, es que... no sé.

Mejor me paso por La Vintage y que sea lo que Dios quiera.

CAPÍTULO 2

LO PEOR ES QUE NO SE LO HE DICHO A NADIE

No hay nada ni mejor ni peor que una criatura de la lluvia. Solo pensar en ella te produce desazón, sin ningún motivo aparente, aunque tú sepas realmente por qué te la produce. Y aunque todo esto puede parecer contradictorio, el caso es que, una vez conoces algo sobre ella, ya es imposible poder olvidarla, solo quieres saber más. Tratas de entender, tratas de encontrarles significado a las cosas que suceden, pero tal vez no tengan significado. El mundo ya no es igual.

En realidad, es tu apreciación del mundo lo que cambia. Cambia tu realidad y la forma en que la miras, en que la vives.

Un agujero se abre ante ti y sabes que eres tú el que debe llenarlo, pero no consigues el material o las piezas para conseguirlo, por lo que te da miedo que el agujero siga delante de ti.

* * *

Peter y sus hazañas erótico-festivas eran el tema de conversación de nuestra noche de chicas. Y es que, además de estar como un tren, según las fotos que nos enseñó Sonia en su móvil, nos hace babear y sentir una envidia corrosiva que, por supuesto, todas tratamos de ocultar, pero que flota en el ambien-

te, hasta que alguna hace un comentario chistoso, todas nos reímos y se descarga la tensión, para dejar que Sonia continúe su relato sobre sus espectaculares andanzas en la cama y fuera de ella.

Todas sabemos que durarán dos o tres semanas, como máximo dos meses, pero en ese intervalo aprendemos cosas que ni tan siquiera podríamos imaginar que pudieran ocurrir en la vida real, porque parecen sacadas más de una película porno o de un libro erótico que de la realidad, la de ir todos los días con prisas de aquí para allá, el trabajo, la compra... y no te digo lo que debe de pensar Lupe, mamá de dos niños pequeños.

Cuando salimos seguía lloviendo.

«Qué extraño —pensé—, ya lleva varios días lloviendo, así da gusto.»

En ese momento la lluvia aún parecía beneficiosa, limpiadora y energética.

* * *

Un gran caos se formó en el centro de la ciudad cuando empezó a salir agua como si fuera un géiser de varias alcantarillas.

En pleno mes de agosto, con las plantillas de trabajadores bajo mínimos (dado que en agosto solo trabajan los nuevos y el pobre al que le ha tocado pringar porque alguien debe estar de guardia), la papeleta que se les presentaba era considerable. Y sin tener a quién recurrir, porque en agosto no trabajan ni técnicos ni ingenieros, y no subas más en la cadena porque los mandamases están desaparecidos del mapa. Así las cosas, los pobres operarios trataban de hacerse con la situación intentando,

al menos, detener el agua que salía a borbotones no se sabía muy bien de dónde ni, sobre todo, por qué.

Así que el panorama era... el caos. Nadie era capaz de encontrar la causa de aquel gran escape de agua, que había empezado a inundar las calles de forma tan repentina y caótica, pues todo el sistema de tuberías y alcantarillado parecía perfectamente conectado y en condiciones como para funcionar normalmente. No era nuevo, desde luego, tendría más de treinta años, probablemente muchos más, pero aún podía tirar.

Con suerte consiguieron (aún no se sabe muy bien cómo) parar el torrente de agua escupido por las entrañas de la tierra, por el inframundo bajo el mundo del asfalto, que anegaba las aceras y empezaba a amenazar con entrar en comercios y sótanos. El agua dejó de brotar y todo volvió a la normalidad.

* * *

—Señorita, un café, por favor.

—Por supuesto. Enseguida se lo traigo. ¿Quiere acompañarlo con algún dulce?

—No, solo café. Gracias.

Vaya. Un cliente de los educados, de los que saben y utilizan bien la educación. Que los hay que la conocen y, por eso mismo, no la utilizan.

Desgraciadamente, La Vintage no va a aguantar tan solo por un café educado.

Toda la ilusión, todo el encanto y el tiempo invertido en crear este lugar acogedor hasta hacerlo más acogedor que la propia casa; llegar a construir un lugar único, precioso, como

un tesoro que hay que sacar para verlo, tocarlo, sentirlo, que te lleva a imaginar grandes y pequeñas aventuras en las que pasa de todo, o no pasa nada y estás plácidamente sentado leyendo un libro mientras te tomas algo; conseguir un sueño dentro de su propio sueño... todo ello llegaba a su final.

Tantos sueños (y pesadillas) invertidos en este local, donde cada rincón lleva a una vivencia.

Tantos billetes milimetrados por metros cuadrados, por bolsitas de azúcar, por lámparas, por libros, por equipos informáticos, por cocacolas y botellines de agua.

Tantas monedas estiradas hasta el infinito y repartidas cual lluvia de estrellas por las facturas de la luz y demás familiares, como tíos o primas terceras que son todos los gastos necesarios e *impepinables* para poder abrir La Vintage cada uno de los días. O incluso sin abrir, los gastos se reproducen sin fin, como si quisieran jugar con el símbolo del infinito.

Es el último hálito. Y digo esto con los ojos llenos de lágrimas, que no contengo, que salen a borbotones con una intensidad y con un sufrimiento pesados, casi materiales, aunque rebosen agua.

No puedo ni quiero imaginar la vida sin La Vintage, porque es mi mundo. Mi Mundo con mayúsculas. Y si mi mundo se desvanece, ¿dónde quedo yo? Vagando en la nada, un no-ser, porque existir existiré mientras tenga mi DNI, me exijan soluciones y me presenten números y cifras para reclamar deudas; pero yo no estaré, ya no seré yo, porque La Vintage no estará. Mi mundo se desinflará como un globo sin nudo, chirriando.

¿Y los clientes? ¿Qué será de sus vidas? Por supuesto, se repondrán y encontrarán otra cafetería en la que invertir su tiem-

po, pero seguro que no será una inversión, será un gasto café tras café, porque el aura de La Vintage no podrá acompañarlos ya. Se habrá esfumado molécula a molécula y, tras la niebla, nada quedará.

Y este es el panorama actual en este mes de agosto en el que, por no haber, ni nos visitan los mosquitos. Menos mal que el agua no ha llegado a entrar, porque empezaba a preocuparme por cómo iba subiendo el nivel en la calle y ya me veía con escobas para achicar, mochos para recoger e intentando poner todo a cubierto. Parecía que allí nadie sabía muy bien qué hacer para detener el agua y más agua que seguía saliendo y, lo peor, parecía que no tuvieran ni la más remota idea de dónde procedía. Menos mal que no ha entrado. Sí, buscar lo positivo en las situaciones a veces consuela algo. Algo, muy poquito.

Mientras el calor derrite todo en el exterior (incluso con el derroche de agua), aquí dentro, los objetos, cada silla, cada mesa, la barra, los libros... me dicen cosas que no sé descifrar. Intento entenderlas y para ello los toco, los acaricio, observo, pienso, porque tal vez ellos tengan la solución a todos los problemas.

Pero su idioma no está especificado en ningún diccionario internacional. Su lenguaje fluye con las ondas, es la energía de la cafetería que gira en espirales alrededor, por arriba y por abajo, en las columnas, llega hasta los sillones y da la vuelta, juguetea rodeando las mesas y pasa entre los libros como un suspiro.

Y, tras la barra, pongo toda la atención en seguir y perseguir ese flujo, pero se me escapa porque la situación me desborda y

ya no puedo pensar en otra cosa. Me temo que aguanto hasta fin de mes y no tendré más remedio que cerrar.

Lo peor es que no se lo he dicho a nadie. No tienen ni idea. Tendré también que enfrentarme a eso y pensar en la manera de decirlo.

—Llevo un día aquí y ya no sé qué hacer ni dónde meterme. ¡Estoy que me subo por las paredes! —saluda Lupe, mientras me da dos besos, descarga sus bolsas y envía a sus hijos a trastear con la Play, todo a la vez—. ¡Es que no hay quien pueda con ellos!

Entre resoplidos, pero entre sonrisas también, se para y me mira con atención, porque aún no me había ni visto, como quien dice.

—¿Estás bien, cariño? —me dice poniendo su carita escrutadora.

Y yo ya sé que a Lupe, madre de dos hijos y, por lo tanto, con un olfato que ni el más fiero animal de la selva y una intuición que ya quisieran los mejores adivinadores y médiums, no voy a poder ocultarle nada, aunque lo intente.

—¿Qué ha pasado por aquí mientras yo estaba de vacaciones con los mocos? ¿Qué me he perdido? ¿Te ha pasado algo? ¿Has estado llorando? ¿Dónde está la librería azul? Pero ¡qué chula esta lámpara!... ¿de qué tiene forma?, ¿de flotador? A ver, dime qué pasa.

Sí, había vuelto la agotadora Lupe. A veces entendías por qué sus hijos parecían tan revoltosos. Con una madre así, ser calladito y bueno está fuera de lugar.

—Aquí todo igual, Lupe. Tienes que contarme qué tal tus

vacaciones por Alicante —pequeño intento de esquivar por mi parte.

—Ya, ya..., pero dime, ¿qué te pasa? Has estado llorando. Eso no me lo puedes negar, que yo te lo noto. Ahora ya estoy aquí y sabes que puedes contármelo. Te escucho —dice ella, con actitud de disposición total, total.

Y claro, todavía no tengo un guion preparado para amortiguar el golpe de mi fracaso y caída en desgracia. Un guion para amigos, familiares y empleados. Una argumentación ensayada que exprese, con la mayor objetividad posible y sin grandes algarabías, que La Vintage va a cerrar. Un discurso que lo enuncie ocultando el dolor que traspasa por dentro, que quema y hunde.

Tendré que elaborar otro para los clientes. Me gustaría despedirme de ellos con una sonrisa y que su última consumición en La Vintage la recordaran de la forma más grata posible; o más bien, que ese día fuera como uno más, como cualquier otro día en que vienen y dejan parte de ellos y se llevan parte de La Vintage y de todos los que estamos o hemos estado aquí.

—Lupe. Si no hay un milagro, voy a tener que cerrar La Vintage. —¡Olé yo!, tan directa, sin más, ni guion ni argumentación ni *ná de ná*.

—¡Oh! ¡Cariño! —expresa ella acercándose a mí y dándome un abrazo caluroso de agosto, pero acogedor y amigable.

Y ya no hay más que hablar, porque Lupe, no sé cómo, sabe que ahora mismo no es el mejor momento para hablar, que todavía no estoy preparada y que realmente no me apetece y, pues eso, que no hay más que hablar.

—Prefiero que no lo digas aún por ahí, por favor —añado,

por si organiza una de las suyas llamando a todas para que vengán a rodearme con su apoyo, sus intentos de solucionarlo, sus propuestas o simplemente para estar.

Y no, la verdad, hoy no me siento con fuerzas para soportarlo.

Y veo a la niña de Lupe y me gustaría ser ella. Volver a ser niña y no tener problemas ni preocupaciones, como mucho la de cómo evitar al pesado de mi hermano. Ser una niña todavía sin la conciencia de lo que es ser mayor, tener ganas de serlo, por esa misma inconsciencia, pensando que hacerse mayor es como entrar en un mundo nuevo. Me dan ganas de decirle que, en realidad, el mundo es nuevo ahora para ella, porque es ahora cuando lo está descubriendo. Después es el mismo y no cambia. En realidad, hay poco que descubrir.

Uyyy... ¡qué negativa estoy!

Como no pase algo que me haga romper la cadena de pensamientos que se me ha pegado como si fuera un ente independiente que me agarra, acabaré de nuevo tirando el río por los ojos y, por hoy, creo que ya están bastante enrojecidos. Pero es que me siento tan, tan sumamente hundida...

Por suerte, entran los operarios que están arreglando la fuga de agua de la calle. Necesitan reponer energías con uno de esos almuerzos sagrados en toda España, almuerzo de *currante* (vocablo permitido por la Real Academia de la Lengua), con sus cacahuetes y sus aceitunas y su buen bocata, que casi, casi, para ellos es lo mejor del día porque es merecido y compartido en camaradería. Y además, contagian con su alegría, con palabras soeces a veces, pero con cierto encanto en el fondo.

Estando de servicio hay que tener buena cara. Y no es tan

solo por coquetería o vanidad. Es por deferencia a la clientela y por profesionalidad, porque, por muy mal que yo esté, ellos no se merecen menos que una sonrisa sincera, un pequeño rincón de buen humor y ánimo vital.

* * *

La Vintage solo abre para cenas los sábados, lo que la convierte en algo especial y deseable. Todos los sábados se llena el local. Y se podría pensar que cómo es que va a cerrar si se llena... Pues por varias razones, muy lógicas todas ellas.

En primer lugar, tengo que contratar personal para dar el servicio adecuado a mis clientes.

Por otro lado, solo son los sábados.

Y además, los precios son los más bajos de toda la ciudad.

Vale. A lo mejor me he pasado, pero realmente son económicos, vamos, como unas eternas rebajas *cafeteriles*.

Hoy solo he llamado a la señora Mercedes al frente de los fogones para que parlotee con las sartenes y riña a la plancha. Cocina las mejores tapas y los mejores bocadillos que puedas probar.

No, no es broma. Es que de esa cocina de ahí atrás salen unos olores que casi los puedes tocar. Sin duda, dan ganas de comerse lo que en ese mismo momento flote en el aire, porque suena a delicioso, aunque sea algo tan normal como una simple tortilla (perdón, no puedo llamar simple a una tortilla «creada» por la señora Mercedes).

De cara a la palestra, o sea, atendiendo y sirviendo los pedi-

dos, estoy yo. («Y sí, ya me empiezan a molestar estos zapatos. Si ya lo sabía yo...»)

Es agosto. Hoy no se llenará.

Y la señora Mercedes y yo, cual heroínas en una moderna película, podemos con todo. Aunque, sinceramente, no nos imagino ni a mí ni a ella con traje de superhéroes; que no sé por qué, pero todos son ajustaditos y apretaditos... Y, digamos, la señora Mercedes y yo estamos de buen ver, y con sus guisos y nuestras ganas, pues tenemos todas las curvas y volúmenes en su sitio y... vivimos en un país de buen comer y buen beber, y ¡nada de zarandajas!

Vamos, que mejor borra lo de la idea de superheroínas de sábado de agosto. Mejor digamos simplemente que entre la señora Mercedes y yo podemos servir servicialmente (olé la redundancia) y con total profesionalidad a los conciudadanos que vengan esta noche a cenar a La Vintage. Claro, los que no se hayan ido de vacaciones al mar y se hayan quedado a cuidar de las calles, farolas incluidas. Y aburrimientos vespertinos, también.

La señora Mercedes cocina con gusto y también se digna a limpiar y recoger la cocina, que no es de estos grandes cocineros o chefs que son tan remilgados que, en cuanto acaban el servicio, se largan y ya se apañarán los demás; parece que no sepan que, aunque hayan cocinado pulcramente, los platos, cubiertos, ollas, sartenes y miles de artefactos y artilugios que han utilizado están por lavar.

La señora Mercedes recoge y ayuda en lo que puede, sobre todo, cuando estamos las dos. Incluso alguna vez se ha quedado hasta el final de los finales para sentarse a charlar tranquila-

mente conmigo y contarme cosas de su familia, lo que la enorgullece y lo que la saca de quicio.

Es una buena mujer y yo la respeto mucho, por todo el esfuerzo de toda una vida y por su fortaleza.

Y, como no puede ser de otra manera, siendo ella como es y el esmero que pone en su trabajo y siendo yo como soy, que, aunque empresaria, lo de la tacañería o ir maquinando con el dinero no va conmigo, su parte es sustanciosa, pero es que se merece un buen pago por su servicio.

Pese a ser días muy ajetreados, los sábados suelen acabar muy bien, sentándonos todos (cuando somos más) en la única mesa que no hemos recogido para poder tomar una copa relajada y compartir los momentos y las jugadas de la jornada, como en *Más que goles* o en una retransmisión por la radio de un partido en diferido.

Los sábados son ajetreados porque el trajín comienza ya cuando acaban los aperitivos de antes de comer, cuando toca redistribuir el local. Colocar mesas y sillas más cerca de la barra, reubicar las butacas castigándolas al rincón de lectura, juntar sillones...

Preparar las mesas con manteles, cubertería y decoración que, como todo en La Vintage, es diferente. No diferente por peculiar, sino diferente por diferente, porque la decoración de cada mesa es diferente, y su vajilla, cubertería, mantel y demás, también.

Ya sé que podría simplificar las cosas, sería mucho más rápido, eficiente y sencillo. Pero también me pregunto «¿por qué?, ¿por qué no puedo hacerlo tal como lo visualizo, tal como me nace?».

Los clientes están encantados y buscan la mesa que más se amolda a su estado de ánimo, sus intenciones o sus pretensiones para esa noche.

Más clásica para una cena formal.

Más ecléctica para personas creativas.

Más informal para muy jóvenes.

Más moderna para jóvenes.

Más romántica para grandes momentos o para agradecer.

Más minimalista para hacerse más importante y curtido.

Esta última me recuerda a *Cincuenta sombras de Grey*, no sé por qué. Supongo que porque me suena como a más masculino el estilo que preparamos en esta mesa, o tal vez porque estoy necesitada de algo de marcha...

Puedes imaginarte cuando llaman los clientes para reservar mesa y les preguntas cuál quieren escoger; las descripciones que hacen son de lo más variopintas.

—Queremos la mesa esa tan chic...

—Por supuesto, ¿puede indicarme algún detalle más?

—Sí, esa que está casi al medio y tan bonita y tan decorada, con sus velitas... ¿Que no sabes cuál te digo?

—Sí, señora —Y por dentro piensas: «resulta que todas las decoramos con gusto»—. ¿Puede indicarme, por ejemplo, el color de la vajilla?

—Pues creo que tiene la vajilla morada...

—¡Perfecto! —¡Bingo! Por fin—. Ya la tiene reservada, muchas gracias.

O te piden la mesa que parece de juguete... «¿Eh? ¡Ah, ya!» La actual con elementos plásticos... Escuchamos todo tipo de interpretaciones, todo tipo de descripciones basadas casi todas

en las sensaciones que han experimentado cuando ya han cenado alguna vez en una mesa en la que se han sentido a gusto. Mil interpretaciones subjetivas para una misma mesa.

Llego tarde, pero tal vez tendría que haberles puesto nombre a las mesas. En otra vida será...

El alma de La Vintage está compuesta por estos cientos o miles de detalles que la caracterizan y la hacen tan familiar y exótica al mismo tiempo.

Al final de la jornada acabo agotada, reviso el móvil por si hay algún wasap o alguna llamada y nada más. Tan cansada que Facebook, Twitter, Instagram o la red o aplicación del momento, por mí como si no existieran... Ni falta que me hace. Pocos datos consumo yo, que conmigo no se van a forrar... El mundo puede seguir girando eternamente en internet, que yo me voy a dormir.

¡Plof! Me imagino tirándome de cabeza en la cama, con los brazos estirados a los lados y babeando al instante profundamente dormida, como en las pelis. Que lo ves y piensas: «¡Qué facilidad para dormirse!». ¿Por qué será que a mí nunca me ha ocurrido? En realidad me desvelo, empiezo a dar mil vueltas, el cuerpo destrozado por el cansancio, pero la mente a quinientos por hora, pensando a la vez en mil cosas, sin parar, como una noria girando sobre mi cabeza. Da igual que tome cincuenta vasos de lechecita calentita...

Fin por hoy. Off.

* * *

Llegados a este punto de la historia, te habrás dado cuenta, amigo

lector, porque has estado leyendo hasta aquí, de que utilizo muchas enumeraciones.

—Pues sí, la verdad —dirás tú.

Y es que las palabras y las ideas pugnan entre ellas y se pelean por aparecer juntas en el mismo párrafo, en la misma frase, cogidas de la mano de las «y». Se niegan a verse separadas, a ser independientes en otra frase, porque no quieren ver mermada su fuerza, que se suma a la fuerza de las demás.

No soy capaz de separarlas, así que las junto y rejunto en enumeraciones que expresan justo lo que las palabras quieren decir, ni más ni menos.

Por consideración a la historia, a sus personajes y al escenario, por todos los acontecimientos que van a suceder, por no quitar un ápice de la importancia que cada una de las palabras tiene, intuyo que las enumeraciones van a seguir presentes y necesarias.

—Venga, pues.

CAPÍTULO 3

HISTORIAS

Los domingos son los únicos días que puedo disfrutar de la mañana con mi secreto y auténtico amor. El resto de la semana salgo de casa *escopeteá*. Los domingos son diferentes, el tiempo se ralentiza, el mundo gira más despacio y yo también.

Es la actitud de domingo.

Tan queriendo ser tranquilo, pero con cierta inquietud, porque mañana comienza la semana de nuevo y solo pensarlo me quita el cien por cien de la supuesta tranquilidad dominguera, pero sea cual sea ese tanto por ciento, le doy la bienvenida, claro.

Un café en el balcón, en mi sillón de soñar, aunque últimamente es más mi sillón de pensar. No, el rincón de pensar de los niños, no. El sillón de pensar. Tranquilamente, gratamente, en soledad. Bueno, en soledad no exactamente, con mi auténtico amor susurrando a mi alrededor, haciéndose notar, contento de que, por fin, esté con él.

Con una sonrisa que se imagina.

Con un sentimiento que quiere ser real, pero a veces, no se reconoce.

Mi amorcito es un poco egoísta y me saca de mis ensoñacio-

nes dando la nota, haciéndome caer en la cuenta de que él está ahí, con un sonido alto y estrepitoso.

Y, claro, se ha ganado una hojita verde de lechuga, que voy a la cocina a cogerla y se la traigo y se la ofrezco con humildad y apreciación de la vida que hay en él y que yo, más egoístamente, mantengo junto a mí, allí, en mi balcón, no dejándolo marchar.

Es mi periquito Bartual.

* * *

Alejandro no sacó nada en claro de su breve visita a La Vintage, aparte de tener que inventar una excusa estúpida para explicar por qué se había presentado allí sin una razón. Desde luego, a tomar café no iba.

Todo parecía tan normal como siempre. Tan, tan normal que, por un momento, tuvo que pararse a pensar cuál era el motivo de su inquietud, porque fue entrar en La Vintage y sentirse bien, sentirse acogedoramente bien, era como sumergirse en el propio pozo de los deseos soñados, no ya por el lugar, sino por las sensaciones que provocaba. Pero eso era lo normal.

Así que se fue más relajado y sin tanto temor por lo que podría pasar. Aunque unas sombras chinescas se proyectaban tras la luz, todavía nadie lo sabía.

Fue salir de La Vintage y ponerse a llover.

«Vaya, no llevo paraguas. Intentaré no mojarme mucho para no coger un resfriado, porque los resfriados de verano cuesta mucho quitarlos y solo me faltaría eso.» Aunque Alejandro era muy precavido, en esta ocasión no pudo ser previsor y coger un paraguas, porque nada en el cielo o la tierra indicaba

que pudiera llover. Era una incógnita de ese mes de agosto, tan inusual.

Así que se fue rápido, resguardándose del aguacero, para abrir de nuevo la librería (que estaba a dos calles de La Vintage) de la que era encargado desde hacía bastantes años.

Se había presentado voluntario para trabajar en agosto porque Mónica también insistía en trabajar. Pero, en el fondo, también pensó que de esta forma se granjearía las simpatías de sus compañeros, que, últimamente, parecían un poco distanciados de él, como desapegados.

Eso era lo que él pensaba.

En realidad, a sus compañeros les traía al paio lo que pensara.

«Mucho mejor las vacas en agosto, que se pringue él, que para eso es el encargado y cobra más. Si... total, deberían cerrar. ¿Quién compra libros en agosto? Si con el calor que hace hasta los renglones se derriten... Claro, como él va a La Vintage hasta le viene bien trabajar en agosto, aunque no lo diga, como si les hiciera un favor. ¡A saber qué chanchullos hace con la librería y los libros que están en la cafetería! ¡A saber...!»

»Y lo sosito y estirado que es... Madre mía. Mejor no hablar. Una persona así, como compañero y además encargado, estresa a cualquiera. Es que amarga la existencia. No se sabe si porque él mismo está amargado o porque le gusta amargar la vida a los demás.

»Benditas vacaciones.»

Pero, claro, obviamente, lo que pensarán de él sus compañeros Alejandro no lo sabía, ni tan siquiera se lo imaginaba, por-

que él pensaba que siempre actuaba con ecuanimidad y solidaridad con ellos.

Era eficiente, muy meticuloso y extremadamente responsable. En realidad, un obseso del control y de la planificación

Apilando una serie de libros con portadas un tanto licenciosas, todo su cuerpo recordó cómo se notaba al tacto la cintura de Deli mientras duró ese efímero beso. Se sorprendió al sentir como «esa» parte de su cuerpo se hacía grande mientras imaginaba los pechos de ella apretados bajo la camiseta. En su visita virtual imaginaria por su cuerpo sus manos imaginarias apretaban y estrujaban su maravilloso culo.

Se desperezó, sacudiendo la cabeza como un perro al salir del agua.

¡Dios mío! Pero la evocación no quería irse. Sí de su cabeza, pero no de su entrepierna. ¡Por Dios! ¡Hum! Pero no. ¡A santo de qué esto!

* * *

Ela tenía algo parecido al miedo. Era como si no pudiera recordar cosas recientes. Era como si estuviera fuera de lugar, como si cada momento nuevo anulara momentos pasados. Empezaba a notar un vacío interior, aunque en realidad todo le daba igual, le importaba un pepino, le importaba una mierda.

Tan solo estaba evaluando el terreno para ver qué podía hacer y ya estaba frotándose las manos con las cosas que tenía en mente, que eran catastróficas. Preparar un plan de ataque, un plan de actuación, era tan excitante..., era la felicidad en sí misma. Ser una criatura de la lluvia era lo más, ahora lo entendía.

Lo tenía claro. Y pronto iba a actuar. Lo único que la frustraba un poquito es que un tsunami no podría ser, por una razón muy básica: allí no había mar.

* * *

Vamos a ver qué tal le va a Deli.

—Pero ¿es importante para esta historia? —preguntas supuestamente tú—. Porque si no es más que un personaje secundario, podemos prescindir de ella y continuar; que, a fin de cuentas, lo que nos interesa es la historia, vamos, es por lo que estamos aquí.

—Sí, pero...

—Y, ya que estamos, lo que queremos saber es qué o quién es Ela, porque... Ela es la criatura de la lluvia, ¿no? Y también queremos saber de qué va la historia.

—Huy... mucho corres tú, que toda historia merece ser contada como lo merece o como lo necesita, pero aún queda mucho camino para llegar hasta el final.

Mientras, tendrás que ir conociendo a los personajes, sus formas de ser, sus formas de actuar y la interacción entre ellos. Y, de su mano, iremos caminando por la historia, algunas veces atropelladamente, otras, más tranquilos, poco a poco, serenamente, disfrutando de cada pequeño paso; o bien sin pausa, sintiendo el corazón ir más deprisa, deseando pasar la página, conocer más, adentrarnos en la historia, reconocer a los personajes. Ya casi como conocidos. No como amigos, porque no llegas a ser amigo de ningún personaje de un libro que lees, porque los amigos (los de la vida real) tienes que sentirlos, da igual si no los ves, si no hablas con ellos, pero los sientes. Y eso son los amigos.

Los personajes que leemos nos pueden provocar mil y una emocio-

nes, podemos llegar a conocerlos, incluso más que a nosotros mismos, y también odiarlos, por malos. Esos son los mejores, porque están magistralmente creados.

Podemos querer ser como ellos (si es un superhéroe o un dios, lo llevas claro), podemos reconocernos en algún rasgo de personalidad que, generalmente, será bueno. Y eso nos hará agrandar nuestro ego. No creo que nos identifiquemos con algún rasgo negativo, malo, que probablemente asociaremos con una persona real que conozcamos diciendo, por ejemplo, «es igual de egoísta que fulanito». Nunca reconoceremos como propia una mala actitud. Los malos siempre son otros. «¡Qué malo! ¡Qué malvada!» Ni se nos pasa por la cabeza que nosotros podamos ser así.

En cambio, la buena gente es como tú, una persona de a pie, que va por la vida tranquilamente, que trabaja, descansa el fin de semana, paga la hipoteca, discute con los hijos, ahorra para las vacaciones..., en fin, una persona normal. Y, ¡joye!, además, buena persona.

Por otro lado, los grandes personajes de los libros se pueden dividir en dos categorías (solo dos): los que sabes que no son de verdad y los que aún crees que podrían ser de verdad.

Los que sabes que no son de verdad, está claro, sean chico o chica, da igual: son ricos, follan como nadie y se comen el mundo.

Ahí va eso.

Los que aún crees que podrían ser de verdad (ingenuo de ti) son buenas personas, alegres y simpáticas siempre, con sus inseguridades, con una vida normal, que, por alguna circunstancia repentina, se convierte en la mejor vida que uno quisiera tener, porque encuentran la pareja perfecta, el amor verdadero, el trabajo de sus sueños. O les pasa algo asombroso y, aunque sigan con su misma vida, la ven completamente diferente y se sienten afortunados.

Olvidalo. Estos que aún crees que podrían ser de verdad, no son de verdad, porque en realidad y en la realidad, no existen.

No ocurren cosas asombrosas que hacen surgir «la luz» en el camino de la vida y que, «puf», se materialice ante ti la mejor vida que podrías tener, según tus esquemas. Las circunstancias milagrosas ocurren en los libros, en las novelas, da igual si son religiosas o históricas, de amor, de ciencia ficción...

La vida no sería digna de llamarse vida si dependiera de circunstancias asombrosas de ese nivel. La vida es un poco a poco, a ver lo que aguantas, a ver cómo te levantas, sigue creciendo, sigue ascendiendo, arriba, abajo, doblemente arriba...

En toda historia, como en la vida, los personajes nos acompañan hasta el final porque son los que acometen las acciones. Las cosas no pueden hacer acciones.

Los personajes de la historia de una criatura de la lluvia son importantes, porque nos van a llevar al final, nos van a hacer sentir. Y eso es bueno, porque andamos un poco zombis últimamente.

Solo voy a decirte que Ela es nuestra gran incógnita.

Verás cómo la despejamos... o no.

También nos acompaña el escenario, el espacio a partir del cual gira la historia. La cafetería La Vintage, un lugar real, pero casi mágico. O mágico e irreal.

Un lugar donde todo, todo, puede suceder, porque está diseñado para que así sea. Porque está cuidado hasta el último detalle.

Cada elemento, cada detalle, el mobiliario, los utensilios y el ambiente te sugieren bienestar.

Desearías poder estar allí, ir a tomarte un café, hojear los libros y comprobar cuántos has leído, curiosear las cosas originales y toquetear las antiguas.

Sentirte en paz, ser sabio y soberano de tu vida, ser libre y flotar, flotar pilotando la nave de tu cuerpo y de tu mente hacia un destino que puede que aún desconozcas, pero que es el tuyo, único, independiente en su unidad, pero dependiente del conjunto de la naturaleza.

Tu destino. Tu misión. Tu razón de ser.

Y, mientras te imaginas La Vintage, las cosas seguirán sucediendo, el mundo continuará girando y los acontecimientos se irán entrelazando con la historia, y disfrutarás cuando tus suposiciones se cumplan o cuando te sorprendas ante un giro inesperado, de esos que no te imaginas para nada. Lo mejor es descubrir como todo se va construyendo como un puzle, solo para ti.

Sí, volvemos a Deli...

* * *

¡La hostia! Tengo que ir de compras.

No he hablado con Mónica desde hace... pues creo que más de quince días. Claro, ella cree que estoy de vacaciones, que habré ido con mis padres a Cantabria.

Me siento muy ruin y traidora.

Sí, no miento. He ido a Ampuero, he estado con mis padres, mis hermanos, mis sobrinos..., pero no tantos días como le he dado a entender al no enviarle ni un wasap. Claro, ella tampoco ha dicho nada para no molestarme durante mis vacaciones, y es que es tan buena... Desde luego, tan buena jefa no tendré.

Pero lo que me preocupa es que la voy a perder como amiga. Sí, seguro, porque eso es lo que yo haría, yo no podría considerar amiga a alguien que te deja en la estacada y allá te apañes.

Pero, oye, a veces se dan las cosas por sentadas y, joder, yo

me merezco algo mejor que ser una simple camarera, por muy cafetería chic que sea.

No voy a estar toda la vida ahí solo porque seamos amigas, y tal y como están las cosas, no se puede desaprovechar ninguna oportunidad.

Ir a una entrevista, pasarla e ir a otra y que te digan que sí... ¡es que es flipante! ¡Y en pleno mes de agosto! Vamos, que ni en mis mejores sueños. ¡Es que aún no me lo creo! Estoy nerviosilla y *tó* y con unas ganas enormes de empezar.

¡Tengo que ir de compras! ¡No puedo presentarme así, con lo que tengo! Necesito ya ir de compras y dejarlos abobados con mi estilazo.

Una ayudante de diseñador no puede ir con estos trapos. Vamos, que me voy ya. Y a Mónica... pues ¡que le den! Ella tiene que saber que esto es lo que siempre me ha gustado y lo que siempre he querido. Y es una buena oportunidad para meterme en este mundillo y quién sabe, si todo va bien, algún día puedo montarme yo algo. ¡A ver si va a ser ella la única que pueda tener su propio negocio! ¡Ja!

Joder, pero me sabe mal.

Da igual. ¿No dice que una tiene que saber lo que quiere en la vida, averiguar qué es lo que hace bien y trabajar para conseguirlo... y rollos de esos que pone en algunos libros, de esos de autoayuda que no sirven *pá ná*? Bueno, pues, como ella lo dice, pues eso voy a hacer.

Si... total, es poner un cartel en la puerta y enseguida tendrá trescientas en fila para el puesto. Solo tendrá que elegir. A lo mejor son mejores que yo, ¡ja!, ¡que te lo has creído!

CAPÍTULO 4

FRUSTRACIÓN

NOTICIA EN EL PERIÓDICO LOCAL

Esta madrugada se ha producido un extraño suceso en un aparcamiento subterráneo de la calle Margarita.

Los vecinos se han encontrado su garaje inundado y sus coches inutilizados.

Los bomberos han acudido para achicar el agua, pero, hasta el momento, no han dado una explicación oficial del motivo del suceso.

Lo extraño y sorprendente de la inundación es que ha sido el único inmueble afectado, no ha habido fuga alguna de agua en toda la calle ni en otras partes de la ciudad. Todas las tuberías y canalizaciones están en perfectas condiciones y la revisión del alcantarillado ha revelado una correcta circulación de las aguas. Por otro lado, los índices pluviales han sido de tan solo 20 l/hora, lo que no justifica la inundación.

El inmueble fue construido hace tan solo cinco años, tiene todos los permisos en regla y la revisión de los arquitectos municipales no ha detectado anomalías en la construcción.

Continuaremos informando.

* * *

—Tío, me desperté porque estaba lloviendo y se oía un puto ruido en algún puto sitio. Se estaba haciendo de día. No estaba en la cama. Me levanté, pero no estaba. Se había ido con la lluvia.

—¡No os podéis imaginar qué pasada de noche! Y una vez y otra y quería más...

—¡Ehhhh! ¡Vaaaaa!

—¡Que sí, joder!

—Ya te vale, ¡qué pollo eres!

—Joder, tíos, se sabía todas las posturas, ni el *Kamasutra* ese, y vaya pibón. Pero pibón, pibón, que está que te mueres. Jooooder, me pongo nervioso solo de pensarlo. ¡Buah! ¡Vaya tetas! Y te hacía de todo y quería de todo. Tíooooo...

—Ja, ja, ja.

—A ver, hice varias fotos cuando salimos del Kantri, pero no sé, porque también estaba lloviendo. ¡Joder! No sale *ná*. ¡Qué putada! Mira, tío, toda borrosa...

—Va, tío, que no me lo trago. Vaya película te has montado. Ahí no se ve *ná de ná*. Ni tía, ni pibón..., si solo sales tú...

—Tío, y eso del garaje inundado, es en tu calle, ¿no?

—Sí, tío. ¡En mi edificio! Cuando salí, estaba toda la calle cortada, el camión de bomberos, la policía y toda la pesca. ¡Qué movida! Los pavos de los coches estaban flipando, todos llamando al seguro. ¡Una pasada! Todos mareados. No había parado de llover en toda la noche, será por eso. Pero yo no me enteré, tíoooo, ¡yo estaba follando!

* * *

No queda más remedio que enfrentarse a la realidad y dar a conocer la mala noticia del cierre inminente de la cafetería. ¡Jo! No sé cómo hacerlo ni cómo decirlo. Y Lupe me mira desde el otro lado de la mesa, indicándome con la mirada que va siendo hora de soltar el bombazo.

—¡Que estoy embarazada! —suelta Pepa, todo entusiasmo y alegría.

Y yo me quedo con cara abobada, porque estaba a mi rollo y no atenta a lo que decía. Y me siento completamente egoísta. Me siento ruin. Por estar pensando solo en mí, en mi mala suerte, en que voy a cerrar, en que se va acabar mi vida tal como la conozco, tal como la tenía establecida, mi mundo, mi zona de confort... Y no percatarme de lo que le sucede a los demás, a mis amigas. Porque, si fuera al revés, yo me sentiría muy ofendida.

Así que me tengo que recomponer. Aplaudir como todas y expresar mi sincera alegría con una sonrisa de oreja a oreja, porque Pepa ya llevaba mucho tiempo esperando tener un niño, y por fin había llegado al principio de la vida. Al inicio. Al acontecimiento maravilloso que marca el comienzo de un prodigioso proceso de la naturaleza, sublime e intemporal desde el inicio de los tiempos.

Es una ocasión para celebrar, para sentirse alegre y feliz y, por supuesto, no voy a empañar esta noche con mi noticia. No. No puedo amargarle la noche a Pepa. Se merece lo mejor.

Así que me levanto, como todas, para rodearla, abrazarla y besarla, ¡incluso tocarle la barriga! Como si ya se notara... ¡Cómo somos! Nuestros comportamientos pueden ser tontamente absurdos.

Tras plantarle dos sonoros besos y darle un abrazo sincero, de esos que te tocas de verdad y llegas a sentir al otro, me acerco a Lupe y le digo al pasar que hoy no es momento de hablar de «mi» tema. Lupe asiente. Y es que con pocas palabras, a veces solo con la mirada, las verdaderas amigas nos entendemos.

Llega la hora de regresar y, como siempre, Sara y yo compartimos taxi. O soy un libro abierto (de par en par), como se suele decir, o Sara es adivina de las buenas, porque nada más ponerse el taxi en marcha se gira hacia mí en el asiento.

—A ver, dime qué es lo que te pasa. —Su mirada no es penetrante ni serena, aunque en el fondo muestra interés. Su mirada no puede centrarse porque, al igual que la mía, lleva detrás cierta cantidad de alcohol, y eso te hace desinhibirte y relajarte y ser más tú misma, sin tantas tiranteces ni protocolos sociales.

—Bueno, dime, ¿qué? Que has estado un pelín ausente toda la noche, como a tu rollo... —insiste.

—Tía, estoy fatal. No quería deciros nada porque no quería fastidiar a Pepa, pero estoy jodida.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿El soso de tu novio?

—Pero..., ¡tía! Siempre igual. No entiendo por qué no te gusta. Desde el principio no te ha gustado. No comprendo por qué, de verdad. Pero no, no tiene nada que ver con Alejandro. El rollo es que no puedo mantener abierta La Vintage. Todo es una mierda. Los pagos... no puedo.

—Pero, Mónica..., ¿y si subes los precios?, ¿o contratas a un consultor de esos que te lo miran todo, le dan la vuelta a todo y te dicen lo que puedes hacer para reflotar tu negocio...?

—No digas chorradas, de verdad, que ya estoy bastante mal.

—¡Es que no te puedes rendir! Tú no eres así, tú nunca has sido así. Siempre has sido la más fuerte de todas, la que siempre ha tirado *pa'lante*. Joder, eres la única que es su propia jefa. ¡Tía!

—Sí, pero ya está, se acabó. Ya no puedo más. No tengo ni un duro.

—Si pudiera, te ayudaría... pero ya sabes que voy pelada.

—Qué va..., no.

—Pero, se me ocurre que..., espera... ¡Uff! Qué mareo llevo. Sí, déjame, mañana llamo y a ver si puede hacer algo. No hagas nada. Espera, que Javi conoce a no sé quién que parece ser que es un *crack* de esos. Espera... Mañana te llamo —dice deprisa y corriendo, mientras me da la pasta y sale del taxi, porque ya hemos llegado a su casa—. Besos... y tranquila, ya verás... ¡Espera! ¡Y no hagas nada! ¡Mua!

Como si yo fuera a hacer algo a las cuatro de la mañana, y con el mogollón que llevo encima. Si ni tan siquiera sé lo que ha dicho. Algo de alguien y que espere. ¡Buf! Nada, a dormir. Y mañana, más. Que por hoy ya no voy a darle más vueltas. Ni tengo ganas ni me apetece. Para eso está el vodka, para atontarte y que no pienses, aunque ahora que estoy de bajón empieza a entrarme un mal rollo... y unas ganas de llorar...

Y ya no tengo ganas ni de llorar. Podría parecer que no me queda ni una sola lágrima, ni un líquido que pueda generar una sola lágrima y, sin embargo, me entran unas ganas horribles de llorar, la tristeza me envuelve y el río fluye.

Menos mal que, al menos, el torrente fluvial me ha pillado en casa y le he ahorrado al pobre taxista una escenita de sábado

noche de bajón de semiborrachera, que bastante pringado está toda la noche dando vueltas por la ciudad o, peor aún, parado.

* * *

Ela siente que nada vale la pena.

«No sé por qué estoy aquí —se dice—. No vale la pena.»

«Y encima aquí no hay ni mar para montar un tsunami, aunque sea pequeñito, ¡por favor! Que esto es más aburrido... ¡Y se creen inteligentes, interesantes y con grandes ideales...! ¡Y no son nada!»

Por eso la furia y la rabia la inundan, y piensa que eso es lo que tiene que hacer. Dejar fluir su naturaleza, no contenerla ya, que ya le duele, ya va a desbordarse, ya no cabe y va a rezumar. De hecho ya está pasando, pero eso no es nada, ¡por Dios! (y es solo una expresión, por arriba no está confirmada su existencia, por lo visto).

«¡Por Dios! ¡Si ni tan siquiera tienen un mísero río! Ya verás, van a descubrir la cantidad de agua que tienen por debajo. Debajo de sus casas, de sus cocinas, de sus carreteras, de sus parques, de sus oficinas y comercios..., bajo sus zapatos, zapatillas y chancletas..., que no he visto calzado más absurdo que las chancletas, por mucho nombre de diseño que le quieran dar.»

Por otro lado, Ela tiene la elegancia y la prestancia en su propia persona.

Emana un olor que atrapa, aunque en realidad las personas no llegamos a detectar el olor de Ela. Si así fuera, si pudiéramos olerla, notaríamos efluvios de hierbas aromáticas, helechos y musgo de orilla de río. Nos rodearía como si fuera una pompa

de jabón, pero sin jabón, con olor a limpio y, sobre todo, a natural. Un olor a humedad, pero no humedad de paredes. Humedad de humedales, de plantaciones de cañas, de olmedos, de roca de la Edad de Piedra...

Su refinamiento y su elegancia no intimidan. Tampoco piensas en riqueza material.

Ella es elegancia natural.

Al andar, su ropa se mueve «ondulantemente», como olas que la acompañan y la forman dejando apreciar su silueta, fantástica silueta femenina sin fin.

Sus curvas van más allá de lo femenino, de todo lo conocido y por conocer, es un cuerpo de la naturaleza, sinuoso, reptiliano, sangre de agua pura fluyendo, mamífero acogedor, inocencia de un niño con millones de años...

Si, tras haberla visto, te preguntaran qué ropa llevaba, no podrías definirla, no sabrías qué decir. En realidad te vendrían mil sensaciones a la mente o al cuerpo, pero no sabrías definirla. Su elegancia natural al andar, con su paso seguro, sus pies de agua, sus piernas de lluvia, su sexo de tormenta, su cintura de río, sus pechos de tempestad, sus brazos de lagunas, su cara de mar y sus cabellos de afluentes. Esto es lo que te vendría a la mente y al cuerpo, pero eso no lo puedes decir. ¿Cómo vas a verbalizarlo? ¡Es imposible!

Mejor sintetizarlo diciendo «una mujer de bandera», atractiva, atrayente y a la que todo miembro del género masculino querría llevarse a la cama. A la cama, por decir algo. A cualquier lugar, pero llevársela y disfrutársela. Porque es como un imán sexual. Un poderoso imán.

Sin embargo, su magnetismo va mucho más allá. Puede

pensarse que a las mujeres podría inspirarles envidia o rechazo por su cuerpo exclusivo, su porte, su manera de atraer a los hombres... Pero no, las mujeres también se sienten atraídas por Ela, es casi una atracción sexual. No para hablar o hacerse amigas. Simplemente, para sentirse mejores. Sentir por dentro su propio cuerpo, su propio potencial, su lado femenino solo estando a su lado. Y sentirse bien. Arriba. Y ese es también un poderoso sentimiento.

Hombres y mujeres se derriten por igual, como un polo de fresa de hielo que, gota a gota, va cayendo y se deshace, el ansia de chuparlo, de saborearlo, deprisa, antes de que desaparezca, de que se evapore y ya no esté nunca más. Es ahora. Ahora o nunca. Ya. Inmediatamente. Solo para mí.